

CORDOBA/GONGORA, por René FARABET

Paseo en una ciudad. Búsqueda de concordancia entre una realidad sonora y un texto.

C R D B
O O A
G N G R

Punto de inicio del proyecto: un detalle del retrato de Don Luis de Góngora y Argote realizado por Velázquez – la oreja derecha hábilmente despegada y resaltada . La oreja : un abismo de oscuridad ...

La idea fue imaginar al poeta barroco (1561-1627) volviendo a su ciudad natal (Córdoba) de hoy, en la víspera de Navidad, al final del año del estudiante – el poeta escuchando los rumores de la ciudad, y respondiendo a algunos en verso ...

Laberintos acusticos...

La oreja, en el que se teje a la sombra un lenguaje imbricado : la frase de Gongora concuerda en algo con la imagen de las callejuelas de Cordoba, de los antiguos barrios.

La ciudad, síntesis sinuosa – arcadas como brechas, calles entrecruzadas, ángulos de piedra, planos inclinados, patios encajonados (barreras, filtros, efectos de mascara, cajas de resonancia) – por donde el sonido se precipita, resbala, se propaga, exulta.

(Dentro-fuera), arquitectura impregnada, vivida por el sonido...

El sonido, a lo largo de las arterias, como la sangre...

La sangre, el sonido , la canción ... El sonido, el canto ...

CORDOBA / GONGORA (extracto de la publicación "Théâtre d'ondes, théâtre d'ombres", de René Farabet (Champ social éditions – Nîmes – 2011).

« *Oh excelso muro, oh torres coronadas...* » Córdoba. Cada año a los pies de las « paredes altas » y de las « torres coronadas » se celebran las vacaciones de invierno – una recreación gozosa: canciones y rimas olvidadas ! A través de las ventanas abiertas de las escuelas, los libros se han ido y se evaporan en música. Por clases, por clanes, por fraternidades, los estudiantes disfrazados irrumpieron la ciudad. Apareciendo por todas partes, terminando en procesiones coloridas y chillonas – estremecimiento de banderas, gorras y boinas, y oro, rubíes,

ébanos y cantos; alboroto, coros de señoras, juegos sonoros en los que claman por superar a otros en una escalada de decibelios, bullicio de sonoridades (guitarras, tambores, flautas, cuernos, sonajeros, etc.). Una serpiente musical deslizándose a lo largo de los filamentos del rizoma urbano, habita entre las paredes. La alborotada coreografía se somete a los caprichos del espacio ; a veces parece encontrar una interrelación con las ruinas de la antigua Mezquita. En el Patio de los Naranjos, cuadrícula de árboles aromáticos y sombras enmarañadas que alargan las horas dibujando un inmenso juego de backgammon, las niñas son las « damas » mientras que los niños agitan cascabeles como un dado. Se alternan las carreras, sin registro, se detienen. Se crean monomios, vueltas (círculos en homenaje a Galileo y elipses en homenaje a Kepler). El Ciprés se estira y la granada se ruboriza y se ensancha cuando la compañía pasa por delante. Todos cantan himnos a las estatuas, ellos gritan y arengan a los transeúntes. Todos tiran alboradas por los flores en los balcones en volutas. Las compañías se disuelven para luego juntarse de nuevo, se encuentran y se diseminan. En la calle los taberneros fueron obligados a borrar los signos de tiza donde se podía leer : « Prohibido cantar ! »...

Se cuenta que los últimos moros se comportaron como los ruidosos invasores actuales. Se dice que cada guerrero gritaba un poema antes de luchar, todos juntos. Una cacofonía tan grande que los adversarios huían de miedo. Y como el verso de Don Luis que es un grito de guerra poética, un « concierto cristalino » que, en la Soledad, las « sirenas de montañas (serranas) », « las montañeras », acuden « como codornices respondiendo al señuelo », eguro que es el eco de un guirigay estudiantil travieso y contento.

Y

Aquí, en la cima de la torre almenada al comienzo del viejo puente romano atravesando el Guadalquivir, se puede leer sin problema el mapa de la ciudad, como en un modelo. Pero allí, en el corazón de la Judería no se encuentra ningún punto privilegiado de perspectiva; paredes altas ciñendo callejuelas anchas como « el pañuelo de un caballero », cortando el horizonte. El cielo está atropellado. El transeúnte desorientado, castigado por referencias que no dejan ver las señales, las torres o los miradores, vaga como gallina ciega en ese laberinto enredado con las vías - arquitectura excéntrica donde solo quedan efectos de la contigüidad. Las zanjales estrechas y la ruta tortuosa de la carretera, con sus curvas y codos en ángulo agudo, con sus meandros y sus pausas (hundimientos y pasadizos abovedados), contribuyen a romper la luz e implantan largas

manchas de sombras en el enyesado blanco de los edificios y en las grandes losas del suelo.

La piedra emparedada al sol, esculpe también el sonido y lo somete a alternancias de brillo y de colores mates. Efectos filtrados, enmascarados, ecos... la calle es una caja de resonancia donde se mezclan gritos de niños que juegan a la pelota o a los toros, las voces penetrantes de las mujeres detrás de las paredes y las palabras volando interpelaciones en dialecto andalúz. El ruido del metal trabajado por el herrero, el repique del reloj y el chisporroteo de los transistores, todo mezclado con los estribillos que estallan en los bares... La calle es un teatro donde chocan líquidos y sólidos, donde cuencas fuentes y vasijas sirven de ánforas antiguas. El sonido, volátil se propaga, se desborda de alegría y desliza sobre los planos inclinados. Un Sonido que gira a través de este circo de pequeños lugares, que encaja en los relieves para, inmediatamente, rebotar y saltar desde una superficie reflectante a otra. Quizás se deja absorber por una pared porosa que se precipita por todos los espacios, planos calados. Las brechas en las arcadas lo aspiran y nuestro sonido se mete dentro de la puerta golpeada por una mano de bronce, y aquí reverbera de una terraza a otra, ondulando sobre los tejados de tejas y, finalmente amortiguado por los huecos de los patios. El sonido esta aburriendo, chorrea en las arterias. Sonido, Sangre. Sonido como un canto! Un sonido como una frase.

Y después, el poeta que escucha confunde, multiplica escondrijos. El poeta ha interiorizado, metafóricamente, el teatro urbano. Su escritura se asemeja a un laberinto de calles que serpentean, como un gavilán, para evitar el sol deslumbrador y nos entrena en su rejilla de lenguaje tortuoso....

Extracto del libro "Théâtre d'ondes, théâtre d'ombres"
(Champ social éditions – Nîmes – 2011)